

natural son verdaderamente unos desgraciados. Gracias á Nuestra Madre Santísima todos los que aquí estamos, creemos, y siempre hemos creído y creeremos siempre en la aparición de Nuestra Señora de Lourdes y le damos las gracias por ella desde el fondo de nuestro corazón.—Así SEA.

COMPASION DE LA SANTA VIRGEN

Sus dolores en los días de la pasión de su divino Hijo

DIA VEINTICUATRO

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

O vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor sicut dolor meus.

Thren., I, 12

Vadam ad montem myrræ et ad collem turris.

Cant., IV, 6.

Cor meum conturbatum est in me, defecit in dolore vita mea.

Psal., XXXVII, 10.

Miseremini mei, miseremini mei, saltem vos amici mei.

Job, XIX, 21.

Genitus matris tuæ ne obliviscaris, ut perficiatur tibi gratia et benedictio.

Eccli., VII, 29.

Super contritione Filie populi mei contritus sum et conturbatus, stupor obtinuit me.

Jerem., VII, 21.

Lacrymæ ejus in maxillis ejus: non est qui consoletur eam ex omnibus caris ejus.

Thren., I, 21.

Torcular calcavit Dominus Virgini filie Jula, quoniam invaluit inimicus.

Thren., I, 16.

Ipsa gemens conversa est retrorsum, non habens consolatorem.

Ibid.

Ne vocetis me Noemi, id est pulchram; sed vocate me Mara, id est amarâ quia amaritudine valde replevit me Omnipotens.

Ruth., I, 20.

Cui comparabo te, filia Jerusalem? Cui exæquabo te, Virgo filia Sion Magna est enim velut mare contritio tua. Quis medebitur tui.

Thren., II, 13.

Doleo super te, decora nimis et amabilis. Sicut unicum filium, ita ego te diligebam.

II. Reg., I.

Fili mi, fili mi! quis mihi dabit, ut ego moriar pro te?

Id., XVIII, 33.

Præcipi, Domine, recipe spiritum meum, expedit enim mihi mori magis quam vivere.

Tob., III, 6.

Nemo gau leat super me desolatam; ego enim derelicta sum sola, et clamabo ad Altissimum, in diebus meis.

Baruch., IV, 12.

Attenuati sunt oculi mei susipientes in excelsum: Domine, vim patior.

Is., XXXVIII, 14.

Numquid oblivisci potest mulier infantem suam, ut non misereatur filio uteri sui.

Is., LXIX, 15.

Angustia possedit me sicut angustia parturientis: tenebræ stupefecerunt me.

Is., XXI, 3.

Vide, Domine, quoniam tribulor, conturbatus est venter meus, subversum est cor meum in memetipsa, quoniam amaritudine plena sum.

Thren., I, 20.

Consurge, filia Sion: effunde sicut aquam cor tuum ante conspectum Domini, leva ad eum manus tuas.

Id., II, 19.

Sustinui qui simul contristaretur, et non fuit, et qui consolaretur, et non inveni

Psal., LXVIII, 25.

Fortis est ut mors dilectio. Aquæ multe non potuerunt extinguere charitatem, nec flumina obruent illam.

Cant., VIII, 6.

Dum turbabitur terra, Deus in medio ejus: non commovebitur.

Psal., XLV, 2.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. Todos los tormentos sufridos por los mártires fueron poca cosa ó nada comparados con lo que sufristeis vos, ¡oh Santísima Virgen! (*S. Anselm. in Assumpt. B. M. V.*)

II. Esta buena madre contemplaba con ojos de ternura las llagas del Hijo que debía rescatar al género humano con su sangre. En pie contemplaba todas estas cosas la pobre Madre que se sentía con bastante valor para sufrir, si necesario hubiese sido, todo el furor de los verdugos. (*Ambros. de instit. Virg. cap. VIII.*)

III. Mientras el Hijo estaba en la cruz, se presentaba la Madre á los verdugos; y meditaba en su corazón si podría aumentar con su muerte el precio de la ofrecida vic-

toria. Pero la pasión de Jesucristo era por sí misma suficiente. (*Id. Ibid.*)

IV. Uno de los puntos más notables de la pasión de Jesucristo fué el corazón de la Santísima Virgen. Pendientes de la cruz estaban dos víctimas: el cuerpo del Hijo y el alma de la Madre. (*S. Lorenzo Justiniano serm. de Agone. 2.*)

V. El dolor de María fué tan grande que si pudiera repartirse entre las personas dotadas de más sensibilidad, no resistirían su fuerza y morirían desde luego. (*Bernard. Senens. S. 6.*)

VI. Con razón llamamos reina de los mártires á la que tanto sufrió en su alma como todos los mártires en su cuerpo. (*Bernard. serm. 5. de Verb. apos.*)

VII. Después que hubo exhalado Jesús el último suspiro, un nuevo dolor penetró en el corazón de nuestra Madre. La lanza cruel que atravesó el corazón del Hijo, entró profundamente en el alma de su Santísima Madre. (*Id. serm. 5.*)

VIII. La violencia del amor de los mártires dulcificó sus sufrimientos; pero el exceso del amor de María fué un exceso de tormentos, y su martirio fué tan grande como su corazón. (*Id. Ibid.*)

IX. La violencia de su dolor igualó la extensión de su amor, y la muerte hizo más estragos en su alma, de los que hacen los partos en el cuerpo de las madres comunes. (*Id. Ibid.*)

X. Tembló la tierra, las rocas se abrieron en grietas y el sol se oscureció. Después de esto comprended cuál debió ser el dolor de María, puesto que los seres destituidos de sensibilidad sufrieron tan extraordinario choque.

XI. Callad, oh enemigos de la Cruz; oíd, almas piadosas, lo que dice Jesucristo. Jesús hace su testamento desde lo alto de la cruz, y retarda por algunos instantes la salud del mundo, por no aparecer que se olvida de Ma-

ría. Por sus últimas disposiciones, Juan es el que sustituye al Cristo. Confía á su Madre el corazón virginal de un amigo, probando así cuanto apreciaba la virginidad. Confía á su discípulo el cuidado de su Madre y descansa en la bondad de su amigo. No desaparece Jesucristo ni tampoco pierde María su apoyo. Sólo había un cambio en la persona que debía pasar los días á su lado. ¿Qué otro podía ser preferido á Juan para cumplir con el delicado encargo de reemplazar á su Hijo? ¿Qué hombre podía ser más digno que él de ser el guardián del tesoro de la virginidad? La Madre estaba en pie junto á la cruz; y allí estaba cuando todos los hombres le abandonaban. (*Ambr. I. de Instit. Virg. c. VII.*)

XII. Vuestro Hijo sufrió la pasión del cuerpo; pero vos, oh Santísima Virgen, sufristeis la del corazón. Cada una de las heridas que rasgaban su cuerpo laceraban vuestro corazón.

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

El título de reina de los mártires es glorioso para María, pero bien caro le costó, puesto que lo compró, no con el precio de su sangre, sino con el de sus lágrimas, y sabido es que las lágrimas de una madre tienen más precio que la sangre. Jesucristo dió á María este título desde lo alto de la cruz, y en los momentos de su agonía desprendió de su cabeza unas cuantas espinas para formar con ellas una corona á su madre. El primer palacio de esta gran reina fué el monte de los suplicios.

Las causas que le merecieron este título fueron las siguientes:

Fué una madre que perdió á su Hijo.

Fué una madre que vió morir á su Hijo.

Fué una madre que vió morir á su Hijo sin recibir consuelo alguno.

I. Fué una madre que perdió á su Hijo.

Fué necesario que se separase de su Hijo, tierno y respetuoso; preciso era que se separase de El y renunciase á sus agradables conversaciones, á los consuelos que le proporcionaba su presencia, á la dicha de atender á sus necesidades. Preciso era verle caer en manos de sus enemigos para que le hicieran sufrir una muerte cruel..... Comprendra el que pueda estos dolores de María; las madres serán las que los comprendan mejor.

II. Fué una madre que vió morir á su Hijo.

Preciso era que subiera María al Calvario, que siguiera la vía dolorosa, que se resbalase tal vez su pie con la sangre de Jesús, que llegase á la cima del monte, que oyese el ruido de los clavos y del martillo, y que viese á su Hijo moribundo y agonizante exhalando el último suspiro. Oh reina Virgen, vos sois, sin disputa, la reina de los mártires.

III. Fué una madre que vió morir á su Hijo sin recibir consuelo alguno.

María vió morir á Je-ús sin poder sostener su inclinada cabeza, sin poder enjugar el sudor de sangre que brotaba de sus miembros; oyendo el grito desgarrador de *Tengo sed*, sin poder acercar á sus labios una bebida menos amarga que la que le ofrecían. Oirá exhalar su último suspiro sin poder imprimir en la frente de su Hijo un beso de su amor. Ultimamente verá morir á su Hijo sin morir ella prestándole sus auxilios. Cuando la madre de los Macabeos asistió al suplicio de sus hijos, tuvo siquiera un consuelo, y fué la esperanza de morir con ellos. Pero María no puede morir: *Gemitus matris tuæ ne obliviscaris.*

ARTÍCULO V

Extractos y pensamientos diversos

I. Los que son verdaderos hijos de María, no son esos cristianos delicados que no pueden soportar las aflicciones y tiemblan sólo con pensar en la penitencia. No, María, no son esos tus hijos, porque tú los quieres más firmes y más generosos, y éstos te acompañan al pie de la cruz. Apoyemos en la divina Escritura esta verdad importante, y sentemos como principio que los fieles pertenecen á María en cuanto que Jesucristo se los ha entregado; porque habiendo sido rescatados al precio de su sangre, sólo El puede entregarnos. Buscando en el Evangelio el pasaje que explica que Jesús nos entregó á María, halló que esto fué estando en la cruz. ¿Dónde fué, sino, el lugar en que pronunció estas palabras dirigidas á su amado discípulo: "He aquí á tu madre" y estas otras dirigidas á María. "¿Mujer, he aquí á tu hijo?" ¿No dijo esto desde lo alto de la cruz? Allí fué, pues, donde nos entregó á todos á María en la persona de su discípulo; allí fué donde pasamos todos á ser sus hijos.

¿Por qué esperó Jesús esa hora para entregarnos á María como hijos? Porque quiso darle por nosotros entrañas y corazón de madre. Me preguntaréis cómo fué, y en esto debemos admirar el secreto de Dios. María estaba al pie de la cruz y veía á su Hijo cubierto de llagas y tendiendo los brazos á un pueblo incrédulo y despiadado. Sus costados cruelmente desgarrados destilaban sangre. ¿Quién será capaz de explicarse todo lo que sentía aquel corazón maternal? Nunca sintió como entonces que era madre. Viendo desde lo alto de la cruz toda la ternura que encerraba, y como si hubiese esperado aquel momento, señalando á San Juan, le dijo: "Mujer, he aquí á tu Hijo....." Tales son las palabras que pronunció y su sentido es este: Oh mujer afligida, á quien un amor infortunado hace sentir hasta qué grado puede llegar la ternura y la compasión de una madre; ese amor maternal que siente tu alma por mí, ténlo por Juan mi muy amado discípulo; ténlo por todos los fieles que te recomiendo en su persona, porque todos son mis amados discípulos. Estas palabras imprimieron en el corazón de María su amor de madre por todos los fieles como verdaderos hijos suyos, porque nada es tan eficaz para la Santísima Virgen como las palabras de su Hijo moribundo. — (Bossuet, sermón sobre la Nat. de la Santísima Virgen).

II. Notemos primeramente cuánto realce da á la presencia de María al pie de la cruz y al carácter de esta presencia, el silencio del Evangelio acerca de esta Madre en todas las escenas de la pasión que han precedido, y en todas las de la sepultura y de la Resurrección que van á seguir. Puede permitirse á una imaginación piadosa complacerse en hacerla figurar en estas diversas escenas: pero el evangelio no lo hace así, y todo es digno de notarse en el evangelio. Sólo hace mención de María junto á la cruz, y en pie, como para un oficio. Si el evangelio hubiese querido hacernos ver en

ella una pura simpatía natural, hubiera debido mostrárnosla más presto, en el pretorio, en la flagelación, en el acto de llevar Jesús la cruz á cuestas, en la crucifixión; pero no, no lo hace; lo que es tanto más notable, cuanto que nos representa á las mujeres de Jerusalén siguiendo á Jesús camino de su suplicio, *llorando y lamentándose*. ¿Se hallaba acaso María entre estas mujeres, lamentándose como ellas? «Nada de eso, dice Suárez; estas mujeres en efecto, como observa el Papa León, sólo se conmovían por una simpatía humana que Cristo no reprime en su principio, porque aunque no fuera sobrenatural, era lo obstatante piadosa, pero cuya apreciación corrige; porque se dirigía á El como á un ser débil que no hubiera podido defenderse, sin comprender la verdadera causa de Jesucristo: «No lloréis por mí, sino por vuestros hijos. La imputación de semejante error no puede pues caer en la bienaventurada Virgen. Y aunque su dolor fuera interiormente inmenso, no lo revelaba en el exterior, acto ni desorden alguno, y debemos creer que llevó el peso de este dolor con dignidad y constancia.»

Esto es lo que significa el *Stabat* del Evangelio: rasgo sencillo, que concuerda con la ausencia de la Virgen en todas las otras escenas de la Pasión, y que recibe por ella un valor sublime. En ninguna otra parte debió ella flaquear; presto que allí mismo estaba en pie. Y hallábase allí firme como en una cita de sacrificio cuya intención sobrenatural resalta también por su ausencia de todas las demás circunstancias de la Pasión, á que debía llamarla la naturaleza.

La presencia de María al pie de la cruz brilla especialmente en fidelidad y heroísmo, considerándola en oposición con su ausencia de todas las escenas de gloria y de amor en que su divino Hijo se había revelado y dado á sus discípulos. Estos habían adquirido en ellas un entusiasmo de adhesión que se desvaneció muy pronto ante el peligro y la desgracia.—(*Nicolas, la Virgen, según el Evangelio, cap. XIX, § 1*).

III. ¿Estaba María entre las demás mujeres lamentándose con ellas? No lo creais así. Esas mujeres, como lo hace notar San León Papa, sólo manifestaban por Jesucristo una simpatía humana que no reprueba en el fondo Jesucristo, porque aunque no era sobrenatural, no por eso dejaba de ser piadosa; pero que El corrige, porque aunque se refería á El, era considerándole como un ser débil é indefenso, y no comprendían la verdadera causa de su muerte, que era el pecado de los hombres. Por esto les dijo Jesucristo: «No lloréis por mí, sino por vuestros hijos.» Una equivocación semejante no pudo sufrirla la bienaventurada Virgen, y aunque su dolor interior era inmenso, no estalló exteriormente, ni fué estrepitoso, y es porque soportó todo el peso de su dolor con constancia y dignidad.—(*Suárez, Quest 46. disp 36. sect. 2*).

IV. La Santísima Virgen estaba en pie y no desmayada como la representan algunos pintores. Se acordaba de las palabras del ángel y conocía la dignidad de su Hijo, y ni en el capítulo siguiente ni en ningún evangelista, figura entre las santas mujeres que fueron al sepulcro. María estaba segura de que Jesús no estaba allí.—(*J. Racine, Reflex. piad. sobre la S. Escrit.*)

V. Este fué el mayor espectáculo que se viera jamás, que llenó de admiración á los ángeles y admirará á todos los santos por toda la eternidad. Este fué el misterio inefable por el que fueron vencidos los demonios y se reconciliaron los hombres con Dios. Este es el admirable prodigio de un Dios que se sacrificó por sus esclavos y sus enemigos y que no tuvo más testigos que la Santísima Virgen. Los judíos y los paganos no vieron en El sino á un hombre á quien aborrecían ó despreciaban y que estaba pendiente de la cruz; las mujeres de Galilea sólo vieron á un justo á quien se hizo sufrir cruelmente. Sólo María, que representaba la Iglesia, vió en El á un Dios muriendo por los hombres.—(*Nicole, ensayos de Moral, XIII, 375*).

VI. ¿Cuántos sufrimientos soportasteis, oh Virgen sagrada, al ver á vuestro Hijo tendido sobre ese madero y al oír los martillazos que á El le enclavaban! ¿Hondamente penetró en vuestro corazón la espada del dolor, según predicción del anciano Simeón, al ver que atravesaban las manos y los pies de vuestro Hijo Jesús! Entonces exclamasteis: «¡Oh manos santas, inocentes y poderosas que fabricasteis el universo y disteis al mundo el orden que en él admiramos y veo ahora tan inhumanamente desgarradas! ¿Esta es la recompensa que os dan por haber sanado á tantos enfermos sobre quienes habéis descansado? ¿Este es el premio que recibís por haber hecho al hombre á imagen y semejanza vuestra? ¡Oh manos sagradas de mi queridísimo Hijo, manos que tantas veces he besado piadosamente, que tantas veces me habéis acariciado y que habéis sido formadas con las gotas más puras de mi sangre virginal por obra del Espíritu Santo! ¿Será posible que os vea ahora enclavadas en la cruz? ¡Oh pies santos, que tantas veces habéis recorrido la Judea para reunir á las ovejas descarriadas y anunciar la salud y habéis caminado sobre las aguas ¡será posible que os vea ahora enclavados? ¡Cuán lejos están vuestros verdugos de tentaros con el respeto que os tenía hace unos cuantos días la Magdalena, que los regó con las lágrimas y enjugó con sus cabellos!»—(*Santa Catalina de Sena. Medit. para el Jueves*)

VII. ¿Cuál será el corazón bastante duro y cuáles las entrañas de bronce que dejarán de conmoverse al ver á la madre del Salvador en pie junto á la cruz y con los ojos fijos en su Hijo? ¿Qué alma sentirá como es debido y qué lengua podrá expresar los sufrimientos de la Santísima Virgen al ver á Jesús tan maltrato y sin poder socorrelle, viéndole tratado como á un malhechor y sin poder justificarle y viendo su adorable rostro lleno de sangre y de saliva, sin poder limpiarle; al ver extendidos sus brazos sin poder arrojarlos á ellos; al ver que la contempla con ojos tristes, abatidos y ensangrentados, sin que sea dado á su maternal amor aliviarle, y al ver últimamente que brotaba sangre por todo su cuerpo y que la muerte cruel le arrebatada su único tesoro?—(*Id. Ibid.*)

VIII. ¿Quién pudiera comprender, ya que expresarla no es posible, la grandeza de esta escena dolorosa de lato para el corazón de una madre y de una madre que ya había perdido antes á su esposo?

¿Por qué subís al Calvario vos que no habéis subido todavía al Thabor?, ¿Por qué tres años de tan duras fatigas tienen por término esta triste reu-

nión? ¿Acaso los jueces, queriendo castigar al Hijo por la madre y á la madre por el Hijo os obligan á ser testigos de su muerte? ¿Acaso Jesús es quien á esta ahora suprema os ha exigido que estuviésteis aquí? ¿O es más bien vuestro corazón el que os obliga á seguir las huellas sangrientas de la víctima y á colocaros á sus pies para recoger vos sola hasta la última gota de su sangre? Oh María, en medio de tan horrible espectáculo y entre las emociones de vuestra alma, descubro yo un pensamiento más elevado y una virtud más sublime de lo que parece. Dejad, oh Virgen santa, que eche por unos momentos un velo sobre vuestros dolores para que pueda estudiar la misión angusta que desempeñais, ó más bien para que reconozca vuestra misión en el carácter singular de vuestros dolores.

Ante todo, la cruz es un altar en el que Jesús, víctima y sacerdote á un mismo tiempo, se inmola voluntariamente por la salud de las almas. Y vos os asociáis á este acto heroico y divino con vuestra presencia y vuestro sacrificio. El Padre celestial consintió desde la eternidad en este sacrificio que debía reconciliar la tierra con el cielo. No parece sino que algo hubiera faltado para la completa inmolación de la víctima, si no hubieseis asistido al sacrificio como para autorizarlo. Jesús recibió la vida de su Padre, único criador de las almas; pero la sangre que en sus venas circulaba, era la sangre de su madre, y esta tenía derechos sagrados sobre la carne formada en su seno por obra del Espíritu Santo, sobre ese cuerpo que había nutrido con su leche y rodeado de cuidados maternos, y sobre ese corazón que había formado como si fuera el de un niño común. Que no siguiera á Jesús en los días de su apostolado, es cosa que se comprende; pero debía presentarse ante el mundo entero al pie de la cruz para consentir en la muerte de su Hijo, como consintió también en su nacimiento.

Jesucristo representaba á Adán penitente, y María á Eva arrepentida. Nuestros primeros padres pecaron bajo el árbol de vida y muerte. El nuevo Adán y la nueva Eva expiaban la falta primera, enclavado el primero en una cruz y en pie la otra junto á ese árbol que engendraba la vida dando la muerte. Realmente, Adán fué el que cometió el pecado de origen, y por esto murió Jesús; pero Eva contribuyó al pecado de Adán, y por esto María, por la comunidad de sus dolores, participa de la muerte de Jesús.

En otro tiempo, bajo el reinado del símbolo y de la figura, Dios pidió, como una prueba de fe, el sacrificio de un hijo en una montaña; pero Dios exigió el sacrificio de un padre y no de una madre, y permitió que tanto Abraham como Isaac preparasen su corazón, pero Sara no supo cuán cerca estuvo de perder á su hijo sino cuando su generoso padre lo llevó á sus brazos. No pasó lo mismo en el Calvario; allí el sacrificio del Hijo fué completo, lo pidió el Padre desde lo alto del cielo y quiso que la madre consintiera en Él, que partipase de todos los dolores y saboreara todas sus amarguras. ¿Por qué se impuso tan dura condición al corazón más tierno que ha existido jamás? Nunca comprenderemos esto bastante.

Jesucristo, precisamente por ser Dios, pudo rescatar el mundo con un sólo suspiro ó con una sola lágrima; pero lo que bastaba á la justicia de Dios, no bastaba al amor de Dios por los hombres. Con el fin de inspirarnos un horror profundo por el pecado, penitente general y responsable,

general de todos los pecadores, ofreció á su Padre asumir todos los dolores. El más cruel de todos, era ciertamente el tener por testigo y asociada á su divina madre. Esto explica la presencia de María en esta escena de sangre y oprobio. Así como el Padre sacrificaba á su Hijo y el Hijo se sacrificaba voluntariamente por nosotros, era preciso que María, uniendo su amor á este doble amor, sacrificase igualmente á Jesús. Así era como podía el divino huérfano del Gólgota decir con verdad con el Profeta: "Mi Padre y mi Madre me dejaron." (Psalm., XXVI, 10.)

Ni una palabra de consuelo dirige María al moribundo Jesús: no procura siquiera hablarle. No se dice en ninguna parte que derramara lágrimas ni echara un sólo suspiro. Más diremos, quejarse contra los verdugos, hubiera sido una debilidad indigna de la grandeza de su alma y de la sublimidad de su misión.

¿Fué acaso porque su profunda aflicción tan natural en las madres todas, embargó sus sentidos? ¿Se sentía de tal modo abatida que no podía dar ni una pequeña muestra de su desesperación? Oh, no fué así. Un gran milagro de fuerza divina sostenía su fortaleza, y apoyándose en ella entregaba espontáneamente su pecho á la espada predicha por el anciano Simeón. Así fué que todos los dolores del Hijo, pasaron á ser por aceptación voluntaria, los dolores de la Madre. Si la cabeza de Jesús estaba coronada de espinas, todas sus puntas penetraban en el corazón de María. Si el martillo enclavaba los pies y las manos de Jesús, en el alma de María resonaban todos los golpes; si dan á beber á Jesús hiel y vinagre, María es la que lo bebe; si llenan á Jesús de ultrajes y sarcasmos, todo su veneno penetra en María; si los sufrimientos desgarran sus ensangrentados miembros, María siente desgarrado todo su ser. Así como Jesús no quiere descender de la cruz cuando le convidan irónicamente á ello, así tampoco quiere María dejar el pie de la cruz cuando los impulsos de la naturaleza la obligan á ello. Si Jesús permanece en ella en pie, en pie permanece voluntariamente junto á ella María; si en ella muere Jesús, María le sobrevive como el sacrificador sobrevive á la víctima. En una palabra, María bebe gota á gota, lágrimas por lágrimas la espantosa agonía de Jesús sin sucumbir, porque cumple con una misión de amor. Ofrece á Dios por la salvación de los hombres á un Hijo por el cual hubiera sacrificado mil vidas si Dios lo hubiese permitido. Así es como viene á ser nuestra coredentora, porque consiente en ver derramar su sangre que obra nuestra redención. Y no contenta con hacer todo esto, hace más todavía, puesto que se ofrece con todos sus sufrimientos para reparar nuestras faltas.

Oh madre admirable y generosa sobre toda comparación y sobre toda criatura, recibe la única frase que puede exhalar nuestra admiración.—*Ave María.*

¿Qué precio tendrán á nuestros ojos los dolores de María, dolores voluntarios, aceptados y escogidos como condición de nuestra salud? ¿Y no unirá nuestra eterna gratitud y para siempre al Hijo con la Madre? ¿Y nosotros que tantas veces hemos renovado sus dolores con nuestros pecados, no debemos derramar torrentes de lágrimas sobre sus angustias crueles? Pues bien, á pesar de esto, así como Jesucristo dijo á las hijas de Jerusa-

len: "No lloréis por mí, que camino voluntariamente al altar del holocausto, sino llorad por vosotras," así también María nos dice: "No lloréis por mí que consiento voluntariamente en el sacrificio de mi Hijo; llorad por vosotros que no tenéis en cuenta ni sus padecimientos ni los míos." — (Monseñor Pavy, obispo de Argel, Mes de María).

ARTÍCULO V

PLÁTICA XXIV

NUESTRA SEÑORA DEL BUEN SOCORRO.

Ayer nos ocupamos de Nuestra Señora de Lourdes. Lourdes tiene alguna semejanza con el Thabor, del que decían los apóstoles: Bueno será que nos quedemos aquí: *«bonum est nos hic esse.»* Preñada queda el alma al pie de esta gruta bendita, de la que no es fácil alejarse. En ella se siente un bienestar que no se halla en otras partes. Es tan suave y agradable el aire que en ella se respira, que no parece sino que es el punto en que el cielo se junta con la tierra; bien puede decirse cuando menos que desde algunos años á esta parte allí se respiran sus delicias.

Pero los goces de esta tierra son efímeros como todo, y quizá más que todo. Semejante á la brisa embalsamada de la primavera, que acaricia al pasar las plantas naciéntes, cruza en nuestra alma la dicha que se abre á las ilusiones como el botón de la rosa al contacto de los rayos del sol; y huye fugaz para que entremos de nuevo á pesar nuestro en el camino ordinario de la vida, que se compone de penas, fatigas dolores y lágrimas.

Despidámonos, pues, de Nuestra Señora de Lourdes, para que dirigiendo nuestra peregrinación á otro rum-

bo, visitemos á Nuestra Señora del Buen Socorro para que también ella enjague nuestro llanto.

Entre otras muchas capillas que hay en Baviera, hay una, sobre todo en Munich en la que se implora á la Santísima Virgen bajo la advocación de Nuestra Señora del Buen Socorro.

El número infinito de santuarios que por todas partes se han levantado, expresa perfectamente las muchas necesidades que pesan sobre el hombre en la tierra.

Efectivamente, las nuevas generaciones que se suceden en el mundo no hacen más que repetir las tristes lamentaciones del infortunado Job, patrono del dolor, que en inevitable de nuestra vida terrestre.

Corta es la vida del hombre, y el poco tiempo que vive, lo pasa lleno de infinidad de miserias. *Homo brevi vivens tempore repletur multis miseriis.* (Jab. cap. XIV.)

¡Cuán cierto es esto! Si dado nos fuera juntar las lágrimas que han brotado de los ojos humanos, podríamos formar un nuevo Océano.

¡Nacer y morir, he aquí lo que es la vida; y cuántas pruebas, y cuántos sufrimientos encierran estos dos extremos! En vano damos vueltas mil para huir de los pesares, que nos persiguen donde quiera, nos asaltan y se apoderan de nosotros en todas las edades de la vida y en todas las condiciones sociales. Pasa un dolor, dice el autor de la Imitación de Cristo, pero no es sino para que brote uno nuevo allí donde el pasado termina.

Por un lado vemos á un mortal acosado por sus remordimientos y sucumbiendo al peso del tormento que le agobia; quiere sofocarlo, pero no puede. Fuerte fué para el pecado, débil para borrar las hondas huellas que grabó en su corazón. Tremenda es la lucha en que vive llamado por Dios y atraído por el mundo. Por otro lado vemos á un mortal recto y sincero que vivió con la dulce esperanza de vivir con su amor terreno, y no halló en